

I.

Compaginar el cariño con la autoridad

Cada criatura al nacer lleva el mensaje de que Dios no pierde la esperanza en los hombres.

RABINDRANATH TAGORE

La libertad supone responsabilidad. Por esto la mayoría de los hombres la temen tanto.

GEORGE BERNARD SHAW

Empecemos por indagar cómo nos podemos manejar para que nuestra autoridad ayude realmente a nuestros hijos sin recortarles su libertad ni el cariño que les queremos dar. Así podremos resolver todas las dificultades que encontremos para compaginar el afecto con la autoridad, y educar en la libertad responsable. El cariño es necesario y no es difícil demostrarlo. Queremos a nuestros hijos, y si marcamos unos límites o tenemos unas pautas en casa es porque nuestros hijos necesitan unas referencias para caminar por la vida.

La autoridad en un clima de confianza en el hogar se ha de basar en el ascendiente y el prestigio que adquirimos cuando intentamos superarnos para mejorar personalmente. Se dice que fray ejemplo es el mejor predicador y es cierto. Serían defectos de la autoridad las imposiciones arbitrarias que deterioraran la autonomía de pequeños o adolescentes y cortaran su libertad. No se trata de contrariar continuamente a los hijos, ni de ser tan permisivos que obtengamos como resultado unos hijos «tiranos». Se trata de acompañar y guiar con cariño y respeto su crecimiento, sin sobreproteger ni dominar.

Hay personas que cuando oyen las palabras «orden» o «autoridad», sienten grima. Quizás porque les vienen a la memoria situaciones de novelas o de películas en las que el padre o un profesor pretendía que los hijos o los escolares obedecieran a fuerza de gritos y golpes. La autoridad no tiene nada que ver con el abuso de poder o con la prepotencia. Al contrario, la autoridad de los padres ejercida con amor, respeto y coherencia, es esencial para educar personas responsables y libres.

Algunas novedades editoriales pedagógicas propugnan la autoridad como una actitud conveniente para frustrar al hijo y así prepararlo para las dificultades que tendrá en el futuro. En este mismo sentido, otros autores alaban la disciplina como la única forma de hacerse obedecer. No se trata de eso, sino de encontrar aquel punto adecuado que ayude a nuestros hijos a ser responsables a fuerza de mucho cariño y comprensión por parte de los padres.

Hace poco estuve en Berlín y conversé ampliamente con amigos dedicados a la educación familiar. Observé que, como en todos los países, se escribe sobre el tema de la autoridad. Por ejemplo, el psiquiatra alemán Michael Winterhoff defiende, en uno de sus ensayos, que es preciso volver a basar la relación del adulto con el niño en la superioridad, para evitar la sobreprotección, que conduce a criar niños tiranos. Una postura que ya ha sido contestada enérgicamente por el terapeuta infantil Wolfgang Bergmann, que se opone a los castigos, los límites, la obediencia y la disciplina, presentando el amor como el único recurso de la autoridad. Los títulos de sus obras son bien elocuentes: Winterhoff ha escrito: «Cómo nuestros hijos se convierten en tiranos» (*Warum unsere Kinder Tyrannen werden*), y Bergmann: «Por qué nuestros hijos son un gozo» (*Warum unsere Kinder ein Glück sind*).

Para mí es interesante entrar en esta discusión, pues creo que hoy hemos de buscar una autoridad más reflexiva y de sentido común; no la autoridad rígida de décadas pasadas, sino la que se dirige al hijo como a una persona respetable, con el objeto de ayudarlo a ser libre y autónomo. Tal como hemos hecho los adultos, los niños han de aprender a adaptarse a unas reglas indispensables en una sociedad civilizada, donde el respeto es una norma de conducta fundamental para la buena convivencia.

Hay estudios que demuestran que la ausencia de autoridad por parte de los progenitores conduce a chicos y chicas a tener poca capacidad para progresar, y muchos se

convierten en niños déspotas, jóvenes agresivos o adultos inmaduros. Como es natural, los hijos reclaman que les guíemos. Es interesante ver cómo un chiquillo, que levanta pocos palmos del suelo, mira a sus padres antes de tocar los cacharros de los cajones bajos de la cocina si anteriormente se le ha corregido: necesita un asentimiento o una negativa.

Sonríó cuando recuerdo la escena que viví en compañía de mis hijos y nietos. Era la hora de comer y estábamos todos sentados a la mesa. Había discusiones entre los nietos mayores, que no estaban contentos con el primer plato. Uno se quejaba de que la mantequilla se había puesto líquida, el otro quería ketchup en lugar de la salsa de tomate hecha en casa, el otro quería menos espaguetis... De golpe, el nieto más pequeño, de cinco años, levantó la voz y dijo: «¿Quién manda en esta casa, eh?». Aquella salida nos produjo un ataque de risa a todos y se acabó el barullo.

Hay que tener en cuenta que yo estaba callada para no interferir en la autoridad de los padres y ellos estaban un poco cohibidos y no querían regañar a los hijos en mi presencia. Afortunadamente en este caso, el más pequeño, con su oportuna petición de orden, hizo que todo volviera a su cauce y nos demostró que se necesitaba más autoridad por parte de los adultos.

Reflexionemos sobre cómo nos las arreglaremos para hacer que nuestra autoridad ayude a nuestros hijos, sin que recorte ni su libertad ni el cariño que les deseamos proporcionar. Así, podremos intentar resolver con éxito los dilemas educativos en nuestro hogar.